

La biblioteca como espacio alienado de la lectura¹

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ
Universidad Nacional Autónoma de México

A lo largo de su multiseular historia la biblioteca ha ido definiendo cada una de las partes y funciones que la caracterizan en la actualidad. En el origen y durante largos siglos la sala de lectura no formó parte de su organización y puede decirse incluso que su aparición es tardía. Ante lo cual puede argüirse que la tardanza en su gestación se debió a que en el Mundo Antiguo la forma común de lectura fuera en voz alta. De ahí que la sala de lectura hiciera su aparición y se constituyera en una parte fundamental e infaltable de las bibliotecas cuando se consolidó la lectura en silencio. Desde ese momento se convirtió en un espacio privilegiado de y para la lectura al grado de que hoy no se concibe una biblioteca sin su correspondiente sala de lectura. Por otra parte también la biblioteca como espacio de lectura corre paralela a la aparición, desarrollo y el preconizado ocaso de la cultura impresa. Por lo que hablar de lectura en la biblioteca es sinónimo de lectura individual y silenciosa del impreso; todo lo cual es interesante subrayarlo ahora que las nuevas tecnologías de información han puesto en cuestión todo este orden de cosas. Ante la aparente amenaza que esto puede significar Roger Chartier ha expresado que no debemos ni podemos prescindir de las bibliotecas con muros, puesto que en ellas se encuentra nuestro patrimonio histórico y cultural impreso. Es a través de la lectura de ese patrimonio

1 Esta reflexión es extensión y ampliación del tema desarrollado en el artículo “Los bibliotecarios y la formación de lectores”, publicado en la revista *Investigación Bibliotecológica*.

que nos brinda la biblioteca como podemos establecer los nexos comunitarios que nos permiten recuperar nuestro pasado sustentado en el impreso. Porque, como muy bien lo ha señalado de igual manera el propio Chartier, los impresos son una pieza que nos permite reconstruir todo un universo sociocultural del que aún en este momento formamos parte. Cada soporte de un texto y su específica forma de lectura es una parte constitutiva de un todo al que dota de sentido y el todo a su vez le da sentido a esa parte.

Obviamente la marea que generan las nuevas tecnologías de la información a través de las bibliotecas virtuales y los libros electrónicos es producida y productora de un nuevo universo sociocultural signado por la sociedad de la información y el conocimiento. Lo que no significa que se tenga que renunciar o dejar de lado el universo de la cultura impresa sino todo lo contrario, se puede convivir muy bien con ambas y por eso la necesidad de defender a toda costa las bibliotecas que preservan el patrimonio impreso y los nexos comunitarios que su lectura puede propiciar. Sin embargo, para que la propuesta de Chartier logre su completo alcance hemos de proceder a la crítica de la biblioteca como espacio alienado de la lectura.

Un concepto como *alienación* tiene una larga data y progenie en disciplinas como Filosofía, Sociología, Antropología y Psicología, pero insertado en la Bibliotecología adquiere una coloración por demás exótica. Y más aún si hablamos de la biblioteca como espacio donde prima la alienación de la lectura lo cual resulta francamente excesivo, fuera de tono para un espacio en el que se brinda generosamente la cultura. Pero con ello damos asimismo cumplimiento al *desideratum* de interdisciplinariedad de la Bibliotecología. Alineación remite a su estirpe latina: *Alienatio*, cuyo significado es el de enajenación, que a su vez entraña las acciones de “estar fuera de sí” o “pasar a transmitir a alguien el dominio de algo, o algún otro derecho sobre ello”. En síntesis, la alienación conlleva una separación, es estar separado de algo que, por ende, se torna ajeno. Tal separación puede ser respecto a uno mismo o en relación con los demás e incluso respecto de la realidad circundante o cualesquiera de sus objetos materiales o simbólicos. Así, alienarme de mí o de los demás redundaría en que se me tornen ajenos.

Una vez explicitado el concepto nuclear de esta reflexión procedo a la exposición de los conceptos complementarios con los que éste interactúa para luego seguir con su despliegue explicativo sobre el problema que aquí se discierne: las contradicciones del proceso de lectura en el espacio de la biblioteca.

El ámbito social se encuentra determinado por la circulación de las mercancías; circulación que a su vez está signada por la ley del valor, la cual se bifurca en el terreno concreto en *valor de cambio y valor de uso*. Cada una de estas fases del valor se manifiesta de acuerdo con la especificidad de las situaciones sociales, por lo que sus valores no son fijos o ya predeterminados. Como su movimiento es de carácter dialéctico, así una mercancía puede en un momento específico expresarse por mediación del valor de cambio y un momento después al ser usufructuada por alguien, transfigurarse éste en valor de uso. Pero cabe subrayar que también las características sustanciales y definitorias de un sistema socioeconómico pueden hacer predominante el valor de cambio sobre el valor de uso, como acontece en el capitalismo; o viceversa, predominar el valor de uso sobre el de cambio. Tanto uno como el otro tipo de valor son conceptos centrales para la economía (y aquí nuevamente se hace una apelación al fundamento interdisciplinario de la Bibliotecología), por lo que esta ciencia las define como: el valor de cambio de una mercancía es aquél que es susceptible de intercambio porque ella posee utilidad, lo cual la hace deseable. Por su parte el valor de uso, como lo definiría también cualquier diccionario de economía: *no consiste en una cualidad intrínseca de una mercancía, sino en la capacidad que tiene para satisfacer una necesidad*. Hecha la explicación de estos conceptos complementarios (de valor y de uso), veamos cómo interactúan explicativamente con el concepto central de la alienación.

Libros, revistas, folletos, periódicos y videos son mercancías que circulan en el espacio social y en cuanto tales obedecen a la ley del valor, y a lo largo de su proceso de circulación pasan por las fases de valor de cambio y de uso. Para un sello editorial el libro que produce es un valor de cambio, así como para el librero que lo vende, pero para el comprador particular se trata de un valor de uso. Pero cuando el libro es comprado por un bibliotecario se transfigura esta dialéctica del valor,

pero de una forma especial: al ser comprado el libro para incorporarlo al acervo de una biblioteca no personal cambia su forma de mercancía y se convierte en un *bien patrimonial social*. Ha dejado de ser un bien que es propiedad de un particular y ahora pertenece a la sociedad. Por ejemplo, el libro (como cualquier otro soporte escrito o de imágenes) en la medida que se inserta en otro circuito de circulación se transforma cuantitativamente y cualitativamente por efecto de la lógica específica tanto de la biblioteca como, más ampliamente hablando, del campo bibliotecológico, y con ello acaba por asumir la categoría de *documento*, que en cuanto tal define su valor de cambio al ser reconfigurado por los procesos técnicos de clasificación y catalogación que acaban estatuyéndolo como registro (biblio-video) gráfico. De este modo se le da una posición en un sistema de conocimiento, que lo hace localizable, de la cual se lo extrae para incorporarlo al circuito de circulación bibliotecario como valor de cambio.

El registro gráfico se convierte así en “objeto de trabajo” privilegiado para el bibliotecario; y en cuanto objeto de trabajo para él, lo ofrece al circuito de circulación bibliotecaria bajo la forma de préstamo en sus diversas modalidades: con lo que se realiza como valor de cambio. Por otra parte, el bibliotecario “cree” con ello haber cumplido con su exclusiva función de gestoría de la información; esto es, de intermediario administrador entre la colección y el público. Ante lo cual una vez entregado el documento y con ello realizado su valor de cambio él se retrae: “misión cumplida”. De esta manera el proceso técnico que hace del documento un registro gráfico conlleva el privilegiamiento de su valor de cambio, empero, ésta es la piedra de toque sobre la que se levanta el *orden técnico* prevaleciente en las bibliotecas modernas. Lo técnico es consustancial al quehacer bibliotecario pero ello no implica que sea su factor determinante, fundante; para que la biblioteca se sustentara en el designio de un orden técnico fueron necesarios los avances sociales de la modernidad capitalista que entronizaron a la técnica, sobre todo en su extensión tecnológica, como un elemento central de la organización social. Esto fue asumido por inercia en el campo bibliotecológico y se tradujo en la prevalencia del valor de cambio sobre el de uso, al igual que acontece en el espacio de circulación social de las mercancías del capitalismo: donde el dominio del valor

de cambio propicia la alienación en este tipo de sociedades. Lo que también pone en evidencia cómo a lo largo de la Modernidad se ha dado una reproducción de los avatares del capitalismo en la biblioteca; es decir, que las diversas etapas por las que ha pasado el capitalismo han dejado su impronta de manera profunda y compleja en la concepción y organización de la biblioteca. Así, por ejemplo, los mecanismos característicos de la tecnología, como son los producidos por el mencionado sistema socioeconómico, a la par que consolidan la alienación, ahondan la deshumanización. Al reconfigurarse la biblioteca bajo el orden tecnológico tal como lo lleva a cabo el capitalismo, ésta reproduce la tendencia deshumanizadora que eso acarrea, con lo que se reafirma la alienación que se da en diversos niveles dentro del espacio bibliotecario. Un proyecto alternativo de biblioteca debe concebirla por tanto como un espacio de liberación y, por ende, de recuperación de lo humano. De ahí que no baste con denunciar el predominio del orden técnico en la biblioteca (y en el conjunto del campo Bibliotecológico) sino que hay que explicar críticamente cómo se despliega y actúa de manera concreta en sus distintos niveles, esferas y construcciones discursivas.

Por otra parte el orden técnico generado por el predominio del valor de cambio en la biblioteca ha propiciado su correlato en una mentalidad técnica del personal bibliotecario, lo cual consecuentemente genera representaciones signadas técnicamente sobre la organización y los procesos bibliotecarios así como sobre el público. Todo esto acaba por redundar en que el bibliotecario se encuentre alienado del documento; esto es, que al concebirlo como mero objeto de trabajo y procesado técnicamente, no se da un apropiamiento real de él, por lo que se le torna algo ajeno. El apropiamiento se da sólo a partir de la lectura del documento; lo que conlleva plantear cómo es que se realiza el valor de uso en el documento.

Como se explicó en la definición del valor de uso, éste no es una cualidad intrínseca de la mercancía sino que radica en ser capacidad de satisfacer las necesidades humanas: sean éstas físicas, intelectuales o espirituales. Lo que significa que el valor de uso del documento no estriba en su dimensión física, en sí referida a la materialidad del soporte que contiene el texto o la imagen, sino en la lectura que se

hace de estos dos últimos. Con la lectura se lleva a cabo el apropiamiento del contenido del texto o de la imagen y con ello se satisfacen necesidades tanto intelectivas como espirituales, e incluso de índole sensorial. El acto de leer le confiere a un documento su valor de uso o, dicho más elaboradamente: el valor de cambio del documento estatuido así por el proceso técnico de catalogación y clasificación, al ser ofrecido al público para su lectura se transfigura en valor de uso. Pero hay que precisarlo, *es la lectura misma la que genera el valor de uso no el hecho de que una persona tenga sólo temporalmente el libro prestado por la biblioteca*. Esto evidencia el hecho de que el bibliotecario no ejerce el valor de uso del documento, sino que supedita su función bibliotecaria al ejercer el valor de cambio del registro gráfico. Pero esto no es producto de un mero prurito profesional sino de una limitante o, mejor aún, de una distorsión en su formación educativa bibliotecológica.

Como ya se dijo, la sustentación del orden técnico que ha signado al campo bibliotecológico a lo largo de su *fase de constitución* (que sólo debería ser el antecedente de su *fase de autonomía*, fundada ésta en un *orden teórico*), ha implicado que la práctica de la educación bibliotecológica se centre en todo aquello que genere, propicie, consolide y expanda el valor de cambio del documento. Con el consecuente olvido, sino es que con la sistemática marginación, del valor de uso. De ahí que los bibliotecarios en términos reales no sean lectores. Y los breves estudiantes de bibliotecología o bibliotecarios profesionales que son lectores es porque lo eran ya de antemano, o lograron serlo aun contra su propia formación bibliotecológica. Todo lo cual repercute en que ya durante el ejercicio profesional no se planteen leer los documentos del acervo de su biblioteca y que sólo se los representen como meros objetos de trabajo. Cuando ellos deberían ser los primeros lectores de su biblioteca y de hecho de cualquier otra biblioteca. Todo lo cual tiene que ver con la alienación de la lectura por parte del personal bibliotecario, lo cual los separa a nivel psicológico del contenido de los documentos y a nivel sociológico del público que asiste a la biblioteca que, así, se le tornan ajenos.

Por otra parte lo anterior podría llevarnos a pensar que es sólo el bibliotecario quien se encuentra alienado por centrarse con exclusivi-

dad en el valor de cambio del registro gráfico, y que por el simple hecho de ofrecerle en préstamo un documento a un lector éste con el ejercicio de la lectura lo dota de valor de uso, y por tanto se evade de la alienación y se libera del valor de cambio. Ante ello cabe decir que tal *des-alienación* se queda incompleta, a medio camino. Veámos esto por el lado del bibliotecario: todo se debe a que el lector ha sido cercado por la representación que de él se hace y que lo categoriza como *usuario de la información*. Categoría que exigirá su legitimación y dominio a partir de los años sesenta de la anterior centuria, cuando hacen su aparición las ciencias de la información, que son a su vez correlato del ascenso de los medios (tecnificados) masivos de comunicación, lo que resultará en el establecimiento de una bibliotecología declaradamente técnica y pragmática; es decir en una reproducción del último avatar tecnológico del capitalismo. De este modo el orden técnico en el campo bibliotecológico queda así perfectamente establecido y legitimado, y el usuario de la información se convierte en la figura idónea para el orden técnico prevaleciente en el ámbito bibliotecario, figura que a su vez se corresponde con ese personaje que pulula en el espacio social y que caracterizó Herbert Marcuse: el *hombre unidimensional*. De manera análoga el usuario de la información se ha convertido en una figura simple y transparente a la que únicamente se le atribuye una no menos rudimentaria relación instrumental con la información buscada en la biblioteca. Lo que implica un drástico estrechamiento de los atributos y potencialidades humanas del lector. De hecho en esta nueva instancia bibliotecaria los roles se invierten y el lector pasa a ser un mero sucedáneo del usuario de la información. Y el acto de la lectura se torna en un ruido de fondo del despliegue de la relación instrumental con la información. La consecuencia de lo anterior es por demás obvia: ha desaparecido el sentido humanístico y social que debería ser la fuerza motriz espiritual que impulsara y condujera el desenvolvimiento no sólo de la biblioteca sino del campo bibliotecológico en su conjunto. La distinción entre usuario de la información y lector no sólo es una cuestión de deslizamiento conceptual o semántico, sino que entraña la diferente construcción y fundamentación de la disciplina bibliotecológica y un proyecto de desenvolvimiento del campo: una bibliotecología técnica,

cientificista o una bibliotecología humanística-social, científica. El lector a diferencia del usuario de la información construye sentido a partir de sí mismo y de su relación con los demás y el mundo en general, y también a partir del tejido de vivencias y conocimientos que preexisten en su esquema mental y que es proyectado en su lectura. Pero la representación de usuario de la información, a la par de concebirlo como una *tabula rasa* que es llenada a partir de la transferencia instrumental de la información, conduce a la formación de un ser al que hay que tutelar para que dentro de la biblioteca asuma una normatividad lectora (acorde con un tipo de lectura establecido y sancionado históricamente) que se hace en silencio, y es introvertida y aislada; una breve isla perdida en un océano de información. Lo que contribuye a que la des-alienación lectora no acabe por ser integral.

Veámoslo ahora por el lado del lector: al ceñirse a la preceptiva que se le exige al usuario éste hace de su lectura un acto regulado en el que su apropiación del contenido del texto (o la imagen) se encuentra signado por el *desideratum* instrumental de la información. Y al llevar a cabo su lectura en el espacio bibliotecario lo hace de manera insular; esto es, individualizada, concentrada en sí misma. Lo que entraña que el lector emprenda su lectura silenciosa segando los puentes que comunican su lectura con los otros lectores que asisten a la biblioteca. Así cada lector transfigurado en usuario de la información al retraerse deja sin efecto el *proceso comunicacional de la lectura* con los otros lectores, lo cual consolida la apropiación de los contenidos del documento. De ahí que esta forma de lectura se encuentre también inmersa en la alienación. Pero el lector no sólo hace ajeno al otro lector, sino también al propio bibliotecario con quien se hace más abismal su distancia.

A lo largo de la formación educativa del bibliotecólogo y de la actividad profesional del bibliotecario no se plantea la retroalimentación con los lectores que asisten a la biblioteca. La relación se da de forma unidireccional, que es el envés de la unidimensionalidad: el bibliotecario tiene los conocimientos bibliotecológicos y a través de ellos se dirige al público que hace uso de la biblioteca. Él gestiona la información y así la ofrece. Al ser individualizado el público, bajo la figura de usuarios de la información, resulta impensable que a su vez ellos pue-

dan ser gestores de su propia información para ofrecérsela al bibliotecario en forma de demanda de sus servicios especializados. Al estar marcados tales servicios por requerimientos técnicos se erigen a su vez como un contenedor de la retroalimentación con el lector, quien desea expresar su propia información, sus conocimientos y vivencias mediados por la lectura, con lo cual pone de manifiesto su dimensión humana, pero ésta no es escuchada por un bibliotecario cuyos automatismos están determinados por el orden técnico que prima en su biblioteca. De esta manera queda sellado el círculo de la alienación de la lectura en el espacio bibliotecario. Lo que nos plantea la alternativa de cómo abrir ese círculo para alcanzar la des-alienación de la lectura.

El pensador francés Edgar Morin ha formulado los principios generadores del movimiento de la complejidad, en contraposición con la concepción unidimensional de la realidad. Dos de tales principios resultan pertinentes aquí para plantear una visión compleja del proceso de lectura en el espacio bibliotecario: *principio dialógico* y *principio de recursividad organizacional*. El primero establece la dualidad en el seno de la unidad al asociar dos términos a la vez complementarios y antagonistas: la unidad es la biblioteca y en el seno de tal unidad se encuentran asociados el bibliotecario y el lector, que vienen a ser complementarios porque se relacionan a partir de la información que ofrece el servicio bibliotecario, y son antagonistas porque cada uno, por formación y trayectoria, son portadores de mundos distintos. Por su parte el principio de recursividad organizacional señala que los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causantes y productores. En otras palabras, lo que produce es a su vez producido y lo que causa es a su vez causado; es, por tanto, un principio que rompe con la linealidad de causa-efecto. Con semejante principio se contrarresta la linealidad del bibliotecario como exclusivo gestor de la información y el usuario como mero receptor instrumental de ella.

Recursivamente el bibliotecario y el lector son al mismo tiempo causante y causado uno del otro y viceversa. El eje de este movimiento recursivo entre ellos es, por supuesto, la lectura.

Pero para que la condición de posibilidad de tal movimiento dialógico y recursivo se dé en el espacio bibliotecario se requiere primeramente que la educación bibliotecológica privilegie también el valor

de uso del documento. En otras palabras: que se lleve a cabo la formación como lectores de los futuros bibliotecarios, para que cuando realicen su actividad profesional sean los primeros lectores del acervo de sus bibliotecas. Por su parte el lector ha de asumirse como gestor de la información, los conocimientos y las vivencias que integran su mundo de lectura, para ofrecérselos después a los otros lectores así como a los bibliotecarios con quienes comparte el espacio de lectura de la biblioteca. Esto conlleva la generación de la *empatía lectora*, que implica que entre los lectores se teja un vertiginoso universo simbólico de significaciones humanas. La lectura y no la relación instrumental con la información, es la que establece y enaltece el sentido de lo humano entre los lectores expresado con la luminiscencia de los símbolos. Empatía que es convocada en el coloquio de los lectores, espacios donde ellos se retroalimentan intelectual y vivencialmente para satisfacer sus profundas necesidades humanas y sociales, con lo que el valor de uso del documento es plenamente realizado.

Esa dinámica de intercambios simbólicos propiciada por la lectura habrá de dilatarse hasta abarcar el espacio bibliotecario completo, y quedar estatuida como un *orden simbólico*: que puede ponerle límite y de hecho dirigir el orden técnico prevaleciente para con ello humanizar a la biblioteca. Todo esto propiciaría de manera sencilla la des-alienación de la lectura en el espacio bibliotecario, y lo convertiría en un espacio de liberación y, por tanto, de construcción identitaria humana. El valor de uso predominando sobre el valor de cambio, sería entonces una forma de relación donde quedarían establecidos y legitimados los nexos comunitarios entre los seres humanos, todo lo contrario a individuos unidimensionales.

También con ello se establecería a la biblioteca como un espacio de construcción de nexos comunitarios entre los lectores, en los que se preserva y permite el acceso a los impresos y por ende al universo cultural del cual ellos son el umbral más entrañable, como lo concibe Roger Chartier. Lo que le brindaría a la biblioteca una razón más para continuar con su tenaz, generosa y necesaria pervivencia, aun por sobre los tiempos de oscuridad. Y la guía para caminar por esa senda habrá de ser una **Bibliotecología crítica**.